

ño que parezca cambiar el pasado, la historia lo vá á cambiar; pero no apelando á la mentira, sino ciñéndose estrictamente á la verdad. La historia, que hasta hoy ha sido un cuadro, en el porvenir será un espejo.

El nuevo reflejo del pasado modificará el porvenir.

El antiguo rey de Westfalia, que era un hombre de talento, miraba un dia con atencion un tintero colocado sobre la mesa. El escritor en cuya casa estaba Jerónimo Bonaparte habia traído de una escursión á los Alpes, que hizo con Carlos Nodier, un pedazo de serpentilla arcillosa, modelada en forma de tintero, comprada á los cazadores de gamuzas del Mar de Hielo. Este era el objeto que llamó la atencion de Jerónimo Bonaparte.—Qué es esto? preguntó.—Mi tintero, respondió el escritor; y añadió despues:—Es de arcilla. Admirad la naturaleza, que de un poco de barro y óxido forma esta hermosa piedra verde.—Más admiro á los hombres, replicó Jerónimo Bonaparte, que hacen de esa piedra un tintero.

No es mala frase para dicha por un hermano de Napoleon; la consignamos con gusto, porque el tintero será el que destruya el poder de la espada.

Uno de los hechos más grandiosos de nuestra época es que los hombres de guerra, de fuerza y de rapiña van disminuyendo á medida que crecen maravillosamente los hombres de pensamiento y de paz, presentándose en escena los verdaderos colosos.

Ofrece espectáculo patético y sublime ver redimida la humanidad desde las alturas, ver á los pensadores derrotando á los poderosos, á los profetas anonadando á los héroes, ver la fuerza barrida por la idea, y que el cielo queda limpio despues de esta expulsión majestuosa.

Los señores se van y los redentores vienen.

Los que ojean á los pueblos y mandan ejércitos como Nemrod, Senacherib, Ciro, Ramsés, Jerjes, Cambises, Atila, Gengiskhan, Tamerlan, Alejandro, César, Bonaparte y otros muchos hombres feroces, se extinguen.

Ved cómo descienden lentamente por el horizonte, misteriosamente atraídos por la oscuridad, por la afinidad fatal que tienen con las tinieblas, arrastrándose hácia la unidad terrible de la ciega inmensidad, donde les espera la sombra de la sombra, esto es, el olvido.

Caen en el abismo, pero hasta allí son formidables. No los insultemos. Es execrable insultar á los héroes cuando están amortajados. El pensador debe meditar con gravedad ante sus sudarios. ¡Clemencia, pues, para los victoriosos vencidos! Entre sus resplandores y nosotros se interpone la sombra del sepulcro. Ver que los astros se convierten en espectros causa cierto terror religioso.

Mientras se precipita en el abismo la esplendorosa pléyade de los hombres de la fuerza, en la otra extremidad del espacio, en el cielo profundo y sereno del porvenir, se levanta un grupo sagrado de estrellas, que se llaman Orfeo, Hermes, Job, Homero, Esquilo, Isaías, Ezequiel, Hipócrates, Fidias, Sócrates, Sófoeles, Platon, Aristóteles, Arquímedes, Euclides, Pitágoras, Lucrecio, Plauto, Juvenal, Tácito, San Pablo, Juan de Patmos, Tertuliano, Pelagio, el Dante, Gutenberg, Juana de Arco, Cristóbal Colon, Lutero, Miguel Angel, Copérnico, Galileo, Rabelais, Calderon, Cervantes, Shakespeare, Rembrandt, Kepler, Milton, Molière, Newton, Descartes, Kant, Piraneso, Beccaria, Diderot, Voltaire, Beethoven, Fulton, Montgolfier y Washington, y forman prodigiosa constelación, cuya claridad cada instante es más luminosa y brilla como una gloria de diamantes celestes en la inmensa aurora que produce Jesucristo.

## ANTES DEL DESTIERRO

1841 Á 1851

---

# EL DERECHO Y LA LEY

---

## PREFACIO

---

### I.



A elocuencia humana en todas las Asambleas de todos los pueblos y de todos los tiempos se condensa en esta fórmula: Lucha entre el derecho y la ley.

Esta lucha, por un fenómeno del progreso, tiende de día en día á la disminucion. El día en que cese, la civilizacion llegará á su apogeo; coincidirá lo que debe ser con lo que es: la tribuna política se transformará en tribuna científica; desaparecerán los cohechos, las calamidades y las catástrofes; se habrán vencido los escollos; la sociedad se desenvolverá majestuosamente, segun su naturaleza, y la cantidad posible de eternidad en la tierra regirá los destinos humanos, dulcificándolos. Terminarán las discusiones, ficciones y parasitismos; regirá tranquilamente lo incontestable; no se confeccionarán leyes, se comprobarán, porque las leyes serán axiomas, no demostrándose que dos y dos son cuatro, porque el binomio de Newton no depende de una mayoría; existe una geometría social; se gobernará por la evidencia, con códigos morales, directos, claros; la legalidad formará parte de la libertad, sin exclusiones de ninguna especie, y marchará como los rayos lumínicos, en línea recta.

La humanidad tiene dos polos: lo verdadero y lo bello, y se regirá en el uno por lo exacto y en el otro por lo imaginario, sustituyendo la instruccion á la

guerra; el sufragio universal llegará á alcanzar tal conocimiento, que tan solo votará al talento; se tendrá, en vez de Parlamento, un Concilio permanente de inteligencias; el Instituto será el Senado. La Convencion, al crear el Instituto, adivinó confusa, pero profundamente, el porvenir.

Esta sociedad del porvenir será magnífica y tranquila, porque á las batallas sucederán los descubrimientos; los pueblos no serán conquistadores, se engrandecerán instruyéndose; no habrá guerreros, pero sí trabajadores. Se investigará, construirá é inventará, y exterminar no será una gloria. El creador sustituirá al destructor, y la civilizacion, que era toda accion, será toda pensamiento; la vida pública estará constituida por el estudio de lo verdadero y la produccion de lo bello; lo puramente material se comprenderá como incidente; causará más entusiasmo una *Iliada* que un Austerlitz. La ilustracion de las inteligencias borrará las fronteras.

La Grecia es tan pequeña, que nuestra península de Finisterre, superpuesta, la cubriría, y la Grecia, sin embargo, es inmensa; inmensa por Homero, por Esquilo, por Fidias y por Sócrates; es decir, por cuatro hombres que son cuatro mundos, y como la Grecia los ha tenido, de esto proviene su gloria.

La preponderancia de un pueblo se mide por su historia, no por su extension.

La Siberia, tan gigantesca, es un pigmeo; la colosal Africa existe apenas. Una sola ciudad, Roma, ha equivalido á todo

el universo; quien la hablaba, hablaba á toda la tierra. *Urbi et orbi.*

Esta grandeza la tiene Francia, y crecerá en ella de día en día.

La Francia, que está destinada á morir, reúne la condicion admirable de que morirá como los dioses, por transfiguracion, convirtiéndose en Europa.

Algunos pueblos desaparecen por sublimacion, como Hércules, ó por la ascension, como Jesucristo. Puede decirse que hay momentos en que un pueblo forma constelacion; los otros pueblos, astros de segunda magnitud, se agrupan á su alrededor, constituyendo pléyades, como Atenas, Roma y Paris, regidas por leyes inmensas.

La Grecia, al transfigurarse, dió origen al mundo pagano; Roma al cristiano, y cuando Francia se transfigure, dará origen al mundo humano.

La revolucion de Francia se llamará la evolucion de los pueblos: por qué? Porque la Francia lo merece; pues careciendo de egoismo, trabaja para todos, crea esperanzas universales, representa la voluntad humana, y mientras que las otras naciones son solamente hermanas, ella es madre. Esta maternidad de la generosa Francia resulta en todos los fenómenos sociales de estos tiempos. Los otros pueblos dánles sus dolores, ella sus ideas.

Su revolucion no es local, es general; no es limitada, es indefinida é infinita. La Francia restaura en todo la nocion primera, la verdadera nocion. En la filosofía restablece la lógica, en el arte la naturaleza, en la ley el derecho.

Ha terminado su obra? No ciertamente. Solo se ha entrevisto la playa luminosa y lejana al término de la jornada, el porvenir.

Esperando sostenerse, lucha laboriosa entre lo ideal y lo incompleto.

Antes de pasar adelante, digamos una palabra que aclare todo lo que vamos á exponer.

La vida y el derecho son el mismo fenómeno; su superposicion es completa.

Si examinamos los seres creados, nótese en ellos que la cantidad de derecho es adecuada á la cantidad de vida; de aquí dimana la grandeza de los problemas que se relacionan con esta nocion: el derecho.

## II.

El derecho y la ley son dos fuerzas; de

su conformidad nace el orden y de su antagonismo las catástrofes.

El derecho habla y exige desde la cumbre de la verdad, y la ley replica desde el fondo de la realidad. El derecho gira dentro de lo justo, y la ley tiene por órbita lo posible. El derecho es divino y la ley humana. La libertad es el derecho; la sociedad la ley. De aquí dos tribunas: en una están los hombres de la idea, en la otra los hombres del hecho; de éstas, una es lo absoluto, la otra lo relativo; la primera es necesaria, la segunda útil; entre una y otra fluctúan las conciencias.

No está establecida aun la armonía entre estas dos potencias, una inmutable, otra variable; una tranquila y otra apasionada.

La ley derivase del derecho, pero como el rio del manantial, aceptando todas las sinuosidades é impurezas del terreno.

Frecuentemente la práctica niega la regla, el corolario destruye el principio, como con frecuencia el efecto desobedece á la causa; tal es la condicion humana.

El derecho y la ley discuten sin cesar, y del debate continuamente acalorado nacen, ya las tinieblas, ya la luz.

En el lenguaje parlamentario moderno podríamos decir: El derecho está encima y la ley debajo.

La inviolabilidad de la vida humana, la libertad, la paz, nada indisoluble, nada irrevocable, nada irreparable; eso es el derecho.

El cadalso, la cuchilla y la opresion; la guerra, la servidumbre en todas sus variedades; el matrimonio sin el divorcio, el estado de sitio en la ciudad, eso es la ley.

El derecho es: ir, venir, comprar, vender, cambiar.

La ley tiene: aduanas, consumos, fronteras.

El derecho ampara la enseñanza gratuita y obligatoria, sin inmiscuirse en la conciencia del hombre niño.

La ley representa á los *ignorantins* (1).

El derecho ostenta las creencias libres.

La ley, las religiones del Estado.

Sufragio universal, jurado; tal es el derecho.

Sufragio restringido, jurado falseado; tal es la ley.

La cosa juzgada es la ley; la justicia, el derecho.

(1) Miembros de un orden religioso de Francia.

(N. del T.)

Reflexionad sobre las diferencias.

La ley tiene la movilidad y el impetu invasor y anárquico del agua, constantemente inquieta.

Pero el derecho es insumergible, y para que todo se salve basta que el derecho sobrenade en una conciencia.

La idea de Dios es indestructible.

La insistencia del derecho y la obstinacion de la ley producen las agitaciones sociales.

La casualidad ha querido (¿existe la casualidad?) que las primeras frases políticas de alguna trascendencia, pronunciadas oficialmente por el que escribe estas líneas, fuesen en el Instituto en favor del derecho, y en seguida en la Cámara de los pares contra la ley.

El 2 de Junio de 1841, al tomar asiento en la Academia francesa, glorifiqué la resistencia del Imperio, y el 12 de Junio de 1847 pedí á la Cámara de los pares el regreso á Francia de la familia Bonaparte, que estaba proscripta.

En el primer caso defendí la libertad, es decir, el derecho, y en el segundo elevé mi voz contra la proscripcion, es decir, contra la ley.

Desde esta época, una de las fórmulas de mi vida pública ha sido: *Pro jure contra legem.*

Mi conciencia me ha exigido, en mis funciones de legislador, la confrontacion permanente y perpétua de la ley que los hombres redactan con el derecho que constituye á los hombres.

Obedecer á mi conciencia es la regla, regla que no admite excepcion.

La fidelidad á esta regla es lo que, bajo mi palabra, se encontrará en tres volúmenes titulados: *Antes del destierro, En el destierro y Despues del destierro.*

A. Costa <sup>III.</sup> Jauréguir

Tengo para mí, y lo hago constar lealmente como punto de partida, que la más grandiosa expresion del derecho es la libertad.

La fórmula republicana reúne admirablemente lo que dice y lo que hace en un axioma, cuya gradacion social es irreprochable: Libertad, igualdad y fraternidad.

Nada de privilegio ni de excepcionales leyes.

Estos tres puntos forman la base suprema de su organizacion. La libertad es el derecho, la igualdad es el hecho, la fraternidad es el deber. Todo el sér del hombre se resume en esto.

Somos hermanos por la naturaleza, iguales por el nacimiento y la muerte, libres por el alma.

Quitad el alma y desaparecerá la libertad.

El materialismo es el auxiliar más poderoso del despotismo.

Si consultásemos á muchos de nuestros talentos contemporáneos, nos dirían que el materialismo produce los efectos de una liberacion.

Extraña y triste contradiccion, propia de la inteligencia humana, que tiene el vago deseo de dilatar sus horizontes, y sin embargo, cuando cree que lo ha conseguido, es cuando alcanza solo un horizonte más mezquino.

Estudiemos estas aberraciones, muchas veces sinceras. ¿Yo mismo no he sostenido durante los primeros cuarenta años de mi vida titánica lucha de ideas, que siempre han dado por resultado elevar al hombre ó deprimirle? Siempre he procurado elevarme, y si de algo puedo jactarme es de esto.

De aquí las contingencias de mi vida.

En todas las circunstancias la subida es penosa y el descenso fácil. Es más aplaudible ser Sieyes que ser Condorcet.

La vergüenza es acomodaticia para las almas que la encuentran agradable. No tener esa clase de alma ha sido la única ambicion de toda mi vida.

Dispuesto á tratar de todas las circunstancias y de todos los sucesos, concisamente diré algo del pasado, en el que se ha desarrollado la juventud de nuestros contemporáneos. Muchas veces un recuerdo encierra la explicacion de un misterio, y se conoce al hombre por lo que fué en su infancia.

A. Costa <sup>IV.</sup> Jauréguir

A principios de este siglo habitaba un niño una casa, que rodeaba un jardin, situada en el barrio más desierto de Paris. Antes de la revolucion, esta casa era conocida por el convento de las Fuldenses. Este niño vivía con su madre y dos hermanos y con un sacerdote viejo, antiguo predicador, todavía temeroso del 93, siempre perseguido y siempre indulgente, preceptor de los niños, á quienes enseñaba mucho latin, un poco de griego y un poco de historia. En el fondo del jardin, tres árboles seculares cobijaban una capilla medio derruida. Hoy, aquellos árboles, aquella capilla y aquella casa han desaparecido. El ensanche proyectado desde el jardin de Luxemburgo

hasta Val-de-Grace han destruido aquel oasis, y una calle grande, pero inútil, pasa por allí. Solo queda de las Fuldenses un poco de yerba y un lienzo de pared ruinosa entre dos edificaciones nuevas, que no merecen nuestra atención si no se miran con los ojos del recuerdo. En Enero de 1871, una bomba prusiana destruyó este vestigio, terminando Bismarck lo que había empezado Haussmann. En dicha casa crecieron durante el primer imperio los tres hermanitos. Jugaban y trabajaban juntos, derrochando la vida en su perpétua primavera, no pensando más que en los libros, en los árboles y en los senderos del jardín, donde escuchaban el vago y tumultuoso piar de los pajarillos con infantil sonrisa.

Veíanse sobre los muros y á través de las carcomidas empalizadas que circuián el jardín restos de bancos, pedestales sin estátuas, vestigios de cruces, y en todas partes esta inscripción: *Propiedad nacional*.

El digno cura preceptor era el abate de la Rivière, cuyo nombre aun pronuncio con respeto.

Haber recibido la enseñanza en la niñez de un sacerdote es un hecho que no debe referirse con saña, porque no es culpa del sacerdote ni nuestra. Se encuentra en el número de los hechos que no ha elegido ninguna de las partes, y es perjudicial el encuentro de dos inteligencias, una desarrollándose y la otra limitada; una que crece y otra que envejece, y la senilidad se apodera del alma del niño, que se arruga con los errores del alma del viejo.

Fuera de la religion única, todas las otras religiones hacen, poco más ó menos, lo mismo; tienen sacerdotes para enseñar á los niños. Las religiones, que son diferentes en la apariencia, el carácter venerable las identifica; son terrestres por la superficie y celestes por el fondo, que es Dios.

Por eso antè las religiones se vé el grave error del filósofo, que en sus quiméricas pretensiones de hallar la realidad, estas quimeras, refiriéndose á Dios, las enseñan con los nombres de artículos de fé y de misterios.

Pueden hacer otra cosa? La enseñanza en la mezquita y en la sinagoga es extraña, pero es inocentemente funesta; el sacerdote, y hablamos del sacerdote que está convencido de no ser culpable, no es responsable; él mismo, en otros tiempos, ha recibido con paciencia la ense-

ñanza que hoy prodiga, convirtiéndose en esclavo al llegar á maestro, y enseña lo falso por ignorar lo verdadero, creyendo obrar bien. ¿Hay algo más terrible que la mentira sincera?

Esta enseñanza es lúgubre, porque lo que intenta hacer en beneficio del niño lo hace contra el niño, pues lentamente encorva las inclinaciones de nuestra alma, obra como una ortopedia inversa, tiende á torcer lo que la naturaleza crea recto, consigue construir almas deformes como la de Torquemada, produce inteligencias huérfanas como la de José de Maistre y tantos otros que podríamos citar, de los que fueron sus víctimas antes de ser verdugos.

Equivocada es y oscura la educación de la casta sacerdotal, que ha pesado sobre nuestros padres y que amenaza gravitar sobre nuestros hijos.

Esa enseñanza inculca en las jóvenes inteligencias la vejez de las preocupaciones; quita á los niños su aurora para rodearlos de tinieblas; engendra tal cariño por el pasado, que el alma se anega en él y no se aviene á admitir el porvenir del cuerpo. Desposeerse de la educación que se ha recibido no es fácil; sin embargo, la instrucción clerical no es irremediable. Esto lo prueba Voltaire.

Los tres escolares de las Fuldenses estaban sometidos á esta peligrosa enseñanza, aunque templada ciertamente por la tierna y elevada inteligencia de una mujer; de su madre.

El más joven de aquellos niños, que algunas veces quiso imitar á Virgilio, es todavía un niño; conserva de la casa de las Fuldenses grato y religioso recuerdo. Representasela rodeada de sombras tristes, cuando en medio de rayos y de rosas se abría su espíritu á la luz. Nada era tan tranquilo como aquel caseron florido, que en otros tiempos fué convento y entonces era soledad y siempre sirvió de asilo. Allí, sin embargo, resonaba el tumulto imperial. A intervalos, en sus vastos salones, en sus corredores de monasterio, en su desmantelado claustro, el niño veía ir y venir al ejército entre dos guerras, de las que oía el ruido, á un joven general, que era su padre, y á un coronel, también joven, que era su tío.

Estas escenas encantadoras y paternales le emocionaban un momento; después al toque de la corneta, sus visiones de plumas, de cascos y de sables desvanecíanse, y volvían á sumirse en la paz y en el silencio aquellas ruinas don-

de cree aun distinguir una aureola. Así vivía el que hoy ha cumplido sesenta años; aquel niño era yo.

Recuerdo mi infancia con enternecimiento.

Recuerdo los tiempos de Eylau, de Ulm, de Anersiad y de Frieland, de Elba forzada; de Spandau, de Erfurt y de Salzbouurg tomadas; de los cincuenta y un días de destrucción de Dantzick; de novecientos cañones vomitando la enorme victoria de Wagram; aquellos tiempos de los emperadores en el Niemen y del czar saludando al César; aquellos en los que había un departamento en el Tíber y Paris era la capital de Roma; aquella época en que el Papa se redujo al Vaticano; aquella época, término de la Inquisición en España, de la destrucción de la Edad Media por la agregación germánica, en la que los sargentos eran príncipes, los postillones reyes y las archiduquesas se casaban con aventureros; época en la que Rusia pide gracia en Austerlitz; en que Prusia se derrumba en Jena; en que Austria prostérnase en Essling; en que la confederación del Rin anexionaba la Alemania á Francia, y el decreto formidable de Berlin hacia suceder á la derrota de la Prusia los temores de Inglaterra; época en que la fortuna, en Potsdam, entregó la espada de Federico á Napoleon, el cual, desdeñándose tomarla, dijo: *Tengo la mía*: en aquella época yo ignoraba todo esto; vivía entre las flores en aquel jardín de las Fuldenses, corriendo como un niño, sin dirección fija, ya mirando el vuelo de las mariposas y de las abejas, ya cogiendo botones de oro y amapolas, y viendo sola á mi madre, á mis hermanos y al viejo sacerdote con el libro bajo el brazo.

Alguna vez, á pesar de la prohibición, me aventuraba hasta el fondo del jardín, en donde no se oía más que el susurro del viento, la charla del nido y el movimiento del follaje, contemplando al través de la verja la vieja capilla con sus vidrios rotos, que dejaban ver sus paredes interiores incrustadas de mariscos y por donde entraban y salían los pájaros.

Una tarde (debía ser el año 1809, cuando mi padre estaba en España), mi madre recibió varias visitas, cosa rara en las Fuldenses. Se paseaban por el jardín y mis hermanos estaban separados de los recién venidos.

Los visitantes de mi madre eran tres camaradas de mi padre y venían no sé si á traer ó á adquirir noticias suyas.

Eran altos: yo les iba siguiendo, porque siempre me gustó la compañía de los grandes; afición que más tarde me facilitó un prolongado diálogo con el Océano. Mi madre los escuchaba y yo andaba detrás de ella.

El día de la visita era fiesta, una de aquellas grandiosas fiestas del primer imperio.

Ignoraba entonces qué fiesta se celebraba y lo ignoro todavía; solo recuerdo que era una tarde de verano y se aproximaba la noche, ofreciendo aspecto magnífico. Salvas en el cuartel de los Inválidos, fuegos artificiales, iluminaciones y vago rumor de triunfo que llegaba hasta nuestra soledad, anunciaban que la gran ciudad solemnizaba á su ejército y á su emperador. La población ostentaba una aureola, como si las victorias irradiasen una aurora. El cielo azul se enrojecía lentamente; la fiesta imperial reverberaba hasta en el zenit; los dos edificios que dominaban el jardín de las Fuldenses, uno muy próximo, Val-de-Grace, masa negra, presentaba una llama á su alrededor y le asemejaba á una tiara de fuego; el otro, el Panteón gigantesco y espectral que en lontananza vislumbrábase, estaba rodeado por un círculo de estrellas, como si para festejar á un génio hubieran formado una corona de las almas de los grandes hombres á los que fué dedicado. La iluminación de la fiesta producía una claridad tan soberbia y maravillosa, que parecía pleno día en el jardín.

En el paseo, el grupo que iba delante de mí se paró, tal vez á ruego de mi madre, no desprovista de preocupaciones y que parecía no querer pasar de los árboles que rodeaban la capilla. Cesó la conversación; los árboles no se movían, y solo á lo lejos se oía el cañon que anunciaba la solemnidad, disparando cada cuarto de hora.

Lo que voy á decir es para mí involudable. Paseaban hácia los árboles, y al internarse en el bosque, uno de los interlocutores se paró y, mirando al cielo lleno de luz, exclamó:

—No importa! Ese hombre es grande!

Una voz, que salía de las sombras, dijo:

—Buenas noches, Lucotte (1); buenas noches, Drouet (2); buenas noches, Tilly (3), y un hombre de alta estatura apareció entre los árboles.

(1) Después conde de Sopotran.

(2) Después conde de Erlou.

(3) Después gobernador de Segovia.